



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12784

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranj.: Trece meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 5 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Canmartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Oigamos al alcalde

Mañana tomará posesión de su cargo de alcalde presidente del ayuntamiento, el que ha sido hasta hace pocos días alcalde accidental.

Se posesionará en plena sesión, con las formalidades de rúbrica y, conforme á los precedentes, nos hará el programa de lo que se propone hacer.

Que iremos á escucharlo para tomar nota de sus ofrecimientos, á fin de publicarla para que la conozca el público, no hay por que prometerlo. Ese es nuestro deber y siempre lo cumplimos con gusto; pero este será tanto mayor si el programa nos gusta y lo traduciremos en aplausos si lo vemos cumplido.

Si de la gestión futura del alcalde que empezará mañana, hubiera que juzgar por la impresión que deja como alcalde interino, motivo habria para regocijarse; pero son tan distintas ambas situaciones, que bien pudiera sobrevenir el desencanto, no por escasez de deseos de salir airoso, si no por falta de los indispensables elementos para el desarrollo de toda iniciativa.

No obstante, algo es ya que el señor Sánchez Doménech se haya adiestrado con el aprendizaje de la interinidad, saliendo de ella sin crear rozamientos ni disgustos; que eso pregona su buen tacto y anuncia que no ha de fracasar por defectos de carácter.

¿Qué trae el nuevo alcalde á la alcaldía? Si con la voluntad se hiciera todo, no quedaría reforma necesaria que no acometiera; pero como eso no es posible, ante la imposibilidad de realizarlas todas quedará que decidirse por aquellas cuya ejecución resulte fácil ó por

las que estén reputadas como principales.

No hemos de enumerarlas ni nombrarlas siquiera, por que no aspiramos á influir en el ánimo del alcalde nuevo; su larga experiencia de la administración municipal, su conocimiento del trabajo de las comisiones, en el que ha sido colaborador mucho tiempo, le han puesto en actitud de conocer los proyectos pendientes, las mejoras sentidas, las reformas de mayor premura y él escogitará, para realizarlas, aquellas que juzgue mejor.

Esto aparte, confesamos que experimentaremos amarga decepción si el programa resulta muy nutrido; por que así como dice el refrán que quien abarca mucho aprieta poco, se puede asegurar, sin peligro de caer en el error, que, en cuestión de programa de reformas, quien ofrece mucho no da nada.

Después de todo bien pudiera el alcalde llenarse de prudencia y, para no verse luego chasqueado, no exponer programa, limitándose á ofrecer lo que le fuera posible realizar.

Ese es el modo de no equivocarse.

Pero hay que convenir en que lo indeterminado no satisface los deseos de nadie.

Vengan pues soluciones concretas; y para conocerlas oigamos al alcalde exponer su programa.

¡Once mil recomendaciones!

Por notas recogidas con interés, durante los exámenes de ingreso en las Academias militares, que terminaron ayer y anteayer, los profesores que han compuesto los Tribunales de exámenes, han recibido directamente la friolera de 11.000 recomendaciones. Esto, calculando por defecto.

Si á esas recomendaciones «directas» se suman las que pudiéramos llamar de segunda categoría, ó sean, las dirigidas á profesores no examinadores; finalmente, agre-

gando las puestas en juego para recabar unas y otras, bien se puede decir que la actual convocatoria de ingreso, ha puesto en faucon de quince á veinte mil cartas recomendatorias.

¡Eso sí que es gastar por toneladas el papel, el tiempo y la paciencia!

Las cifras anteriores, revelan con triste elocuencia, lo generalizadas y hondas que están ciertas teorías sociales, sobre todo, en las clases medias de nuestra sociedad.

Muy cierto es, que los ejemplos perniciosos tocante á la eficacia del favor para todo lo relacionado con el Estado particularmente, abundan que es una desventura: no lo es menos que, por oemismo, existe gran desconfianza en las actividades propias y no justificado recelo en el desembarazo y en la justicia de los encargados de calificar premiar ó conceder.

Mas, por fortuna para todos, en los concursos para el ingreso en las carreras militares existe un hidalgo proceder científico y un recto sentido de justicia, independiente en absoluto de la presión oficial, de la cábala y de la bandería.

Y esto, es sabido por cuantos andan en estas cosas, sean padres, «coeficientes», preparadores ó educadores. ¡Como que cada año se dan casos bien ostensibles de lo que decimos!

Por lo mismo, es más de deplorar la terquedad en poner en juego recomendaciones ó influencias, entre las que figuran desde los más altos primates de la jerarquía y de la sociedad, hasta la única mirada con benevolencia: la del camarada de colegio ó de campaña.

Durante los exámenes de este año, entre otros casos típicos de la imparcialidad de los Tribunales, conocemos los dos siguientes:

Uno de cierta distinguidísima personalidad, de excelente historia, de grandes simpatías, de alta representación. Sus muchos é influyentes amigos, aun trueque de violentar la susceptibilidad del padre, recomendaron con «vero amor» á su hijo al enterarse de que aspiraba á ingreso en una de las Academias, eran las peticiones de verdadero peso, íntimas, entusiastas, por merecerlo para todos, las cualidades del personaje en cuestión; seguramente el Profesorado habria visto también con gusto el triunfo del candidato, perpetuando así en el uniforme un apellido honroso. Pues nada de esto pasó: al segundo ejercicio, el joven aspirante fué mandado reti-

rar, quedando por tierra los deseos de unos y otros.

Frente á este caso, está el siguiente, que por cierto, tiene varios ejemplares en todas las convocatorias.

Un cabo, vestido con su uniforme de primera puesta, ha ganado plaza con buenas notas, en dos Academias, sin que hayan acudido en su ayuda otras influencias, que una preparación sólida, una modestia adecuada á su situación y una apostura típica en quien siente sus deberes de soldado.

Fuerza es que se vaya reaccionando contra este vicio social tan funesto, tan sintomático. ¡Como que marca una depresión extraordinaria en la energía intelectual y moral de las clases que más de lleno lo sufren!

Y por la milicia, institución que vive en un ambiente de justicia y de saludable rigor, puede comenzarse con probabilidades de seguro éxito.

Porque, las clases medias deben saber que de casi todas las recomendaciones puestas en juego, hace el Profesorado el propio caso que de las coplas de Calainos. Muchos de los recomendantes avisan previamente á sus amigos de las Academias, que tengan por no recibidas las cartas que se vean obligados á enviarlas, por no poder resistir á los compromisos y aun á los «entracas» de quienes aun consideran la recomendación como el único medio de alcanzar la felicidad en la tierra y en el cielo.

En los exámenes de Saumur, la famosa Escuela Militar de Equitación francesa, el año anterior, el general director manifestó en una orden del día, «que habia visto con sorpresa la benevolencia con que le recomendaban desde París á dos alumnos de la Escuela. Si el caso se llegase á repetir, lo que no espero, se dará en la orden los nombres de quienes sean.»

Si el mal no cede, algo habrá que hacer también aquí.

Ya sobre esto ha meditado quien por su cargo viene obligado á ello.

La recomendación, dentro de las respectivas Academias, acabó, felizmente, há ya tiempo.

Concluyamos ahora con las de ingreso: unos, haciendo ver su inepticia; otros, buscando la ejemplaridad; todos, irradiando la confianza en el propio valer del aspirante, que arranca, es sabido, de una buena y cuidada preparación.

(De España.)

OPTIMISMOS

AGUAFIESTAS

En medio de la satisfacción general que por doquier se advierte, pues llevamos una temporada larga en que todo, por dentro y por fuera, conspira al bienestar del mayor número, disfrutando como chicos con zapatos nuevos al considerar lo fácilmente que en esta bendita tierra se alcanza la felicidad, encocora y produce náuseas ver á ciertas gentes pesimistas de suyo, con la cara siempre larga, viéndolo todo negro y sacando consecuencias espeluznantes de cualquier incidente que por casualidad turba la alegría de este pueblo afortunado.

Es verdad que los pedriscos destruyen las cosechas, que los puentes se hunden al paso de los trenes, que cada lunes y cada martes se comete uno ó varios crímenes, que los suicidios aumentan, que el pan no baja, la carne sube y los alambiques se declaran en huelga, pero eso ¡qué prueba! Nada absolutamente, pues el barómetro para apreciar la felicidad general, son los toros, las verbenas, las fiestas de todo género que tienen á la patria española en perpetua juerga.

Aun cuando los bolsillos andan un poco escusados, las plazas de toros se llenan de gente, los cafés están atestados de público, los tranvías llevan siempre las dos plataformas y el interior completamente invadido. En las estaciones de ferrocarril, los andenes parecen hormigueros y los trenes de lujo, así como los llamados botijos, van llenos hasta los topes, en los hoteles y fondas de los puertos y balnearios del Norte no hay habitaciones desocupadas.

¿Quién se atreverá por lo tanto á decir que este no es el país de la dicha, de la felicidad y del bienestar?

Hay que rendirse á la evidencia y convencidos de que nos ha cabido en suerte nacer en el país mejor del mundo, protestar enérgicamente contra esos agoreros empederuidos, que en el periódico, en la cátedra, en el libro, en la tribuna y en todas partes se dedican á aguar el vino, como se suele decir, afirmando que vamos de mal en peor, que esto no lo arregla nadie, que figuramos á la cola de las naciones, y que hasta el banco azul es un aliento erizado de espaldas.

La mejor demostración de que las gentes descontentadizas se quejan de vicio es que los extranjeros acuden con sus capitales

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 26

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 27

LOS DOS HERMANOS

30

ruso, conde Arrow, y tengo que contestar á Francisco Gustavo Castellau.

—Señorita, el Czar...

—El Czar os paga vuestro cambio de patria, señor conde. Yo habria podido amaros desterrado, proscrito, desgraciado; pero así, convendreis conde, que es imposible nuestro enlace.

—Señorita...

—Punto concluido. Ahora tengo que haceros una súplica que supongo no me rehusareis: deseo que vuestro hermano el coronel Jorge cese de estar secuestrado en su cuarto, y no podéis hacer menos por él que concederle una libertad relativa: yo no sabré nada delante de los demás de vuestro parentesco.

—Haré, señorita, lo que me mandéis... porque no me creareis enemigo de mi hermano.

—No, señor conde: os he oído y se que amais tiernamente á vuestro hermano y á vuestra familia: sé que sois muy desgraciado, y lejos de teneros en menos, os compadezco porque habeis cedido á la violencia moral; pero...

—¿No me queda esperanza ninguna!

—Ninguna, general; pero no aquí viene mi madre, acordaos de que no sabe nada.

La condesa entraba en el salón, é ignorante de lo

que habia pasado, se presentó contenta de ver que el conde estaba conversando con su hija.

Esta, sentada al piano, ofreció á su madre ejecutar una pieza nueva, más reparando en la alteración del rostro del conde, preguntó cual era la causa, ó si estaba indispuerto.

—No, señora, contestó con voz poco segura.

—¿Oh conde! tratais de ocultarme la verdad.

—Mamá, lo que el señor conde tiene es, que le acabo de decir que no puedo casarme con él, y esa quizás le ha lastimado, dijo Blanca.

Por una especie de orneidad habitual en las mujeres, Blanca como se ve, revolvia el puñal en la herida de su víctima.

Gustavo permaneció impasible: su semblante se habia hecho de mármol.

—Pero á pesar de mi crueldad, me ha prometido el conde que para distraernos tendremos la compañía del oficial francés que está en palacio. Ya veis, mamá, no es rencoroso.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con ese hombre?

—En primer lugar, mamá, no es un hombre?

—¿Pues qué es, niña? respondió la condesa sonriendo.

—Ni mas ni menos que un héroe.

ofreció un ejemplo notable, que poseen esa cualidad en alto grado.

No somos, pues, partidarios de la opinión vulgar que coloca á la mujer en escala inferior al hombre en lo que concierne á facultades intelectuales, y nos parece—no pesa esto á la parte masculina de nuestros lectores—que esa opinión está destituida de todo fundamento.

Penetración, finura delicadeza de miras y de percepción son cualidades peculiares de la mujer, y si en los casos sometidos á la observación las otras facultades intelectuales parecen menos desenvueltas en cierto número de mujeres, no por eso se debe decir que no existen.

Lejos de eso, lo contrario es lo positivo.

Ya lo hemos dicho en otras obras: debe atribuirse principalmente á la educación viciosa que damos á la mujer su inferioridad, ó mejor dicho, su aparente debilidad intelectual.

Hemos hecho de ella un ser aparte en la especie, por el empeño egoista que hemos puesto en apagar todo lo que pudiera contribuir á elevarla al nivel nuestro y comprometer á lo que llamamos nuestra autoridad.